

cerse morinero á bordo de un buque real.

¡Vicente, el sobrino del comandante de Penhoel, marinero como el hijo de un pobre hombre!

Todos anhelaban cerrar los ojos y querer andar, pues habia en torno de aquella familia tan querida como una desgracia. René de Penhoel permanecia en el castillo, rico todavía y respetado; pero los que habian conocido al ausente, decian, aunque en voz baja, que la verdadera gloria de Penhoel habia muerto.

XIV.

LA FIESTA.

(CONTINUACION.)

En el momento en que habian encendido los fuegos artificiales, se habian desdeñado los nobles huéspedes del castillo de mezclarse, siguiendo la costumbre, á las danzas aldeanas: luego se habia separado la fiesta en dos campos: aldeanos y aldeanas habian continuado saltando al aire libre, mientras que los caballeros de ilustre cuna proseguian el baile con sus damas en un salon de césped preparado en medio del jardin.

Nuestro amigo Blas, adornado y con cara grave, presidia la fiesta de los aldeanos. Todo el mundo llamaba Mr. Blas respetuosamente: llevaba un

traje de ceremonia que se asemejaba mas al de un elegante que á la librea de un criado. Mientras que dominaba á los aldeanos con toda la altivez de su importancia, su amo Mr. Roberto de Blois era en el jardin el rey del baile.

Nadie en verdad podia luchar con él en elegancia y buenos modales. El daba las órdenes y hacia los honores. René de Penhoel no parecia, y nadie pensaba en inquietarse por su falta.

Mr. de Blois estaba allí: ¿podia desearse otro anfitrión?

Se multiplicaba, se mostraba gracioso para todos y por todos; era el amigo íntimo de la casa hasta el extremo de que bien hubiera podido tomárselo por el dueño de ella.

La reunion estaba compuesta de una manera extraña. Habia encantadoras jóvenes y señoritas de un ridículo excesivo. Entre las primeras se distinguia á Blanca de Penhoel, que sobresalia por su belleza.

Tenia entonces quince años. Su juventud realizaba completamente lo que su infancia habia prometido. Imposible es hallar una belleza mas dulce y armoniosa.

Su tímida mirada habia conservado aquella expresion tierna y casi celeste que le habia valido de parte de las buenas gentes del país el sobrenombre del Angel de Penhoel.

Llevaba un vestido de muselina blanca adornado con una guirnalda de flores azules. Este toca-

do sentaba muy bien á su rostro y á la linda gracia de su talle.

Cuando á veces dejaba el salon de césped para ir á buscar á su madre al jardin, y se le veia perderse entre la opaca luz de las largas calles de árboles, se asemejaba á esas pálidas visiones que encantan la poesia de los bardos bretones.

Habia momentos en que el rostro de Blanca expresaba el sencillo placer de la niña que se siente hacer joven, la alegría desconocida del primer baile.

Sus facciones radiaban entonces; se encendia un rayo en el azul de sus grandes ojos.

Luego volvian á caer sus párpados tristes, la sonrisa espiraba en sus labios. ¿Habia algun dolor oculto en aquel corazon de quince años?

Roberto de Blois estaba siempre obsequiándola, haciendo esto con una especie de ostentacion. No cedia el honor de tomar su mano para la contradanza mas que á un solo rival para quien sus maneras tenian una especie de cordialidad fingida y de inquietud disimulada.

Este rival no era otro que el joven conde Alain de Pontalés, único heredero de la fortuna de los Pontalés.

Porque no debemos tardar en decirlo; aquel odio de familia que antes existia entre Penhoel y Pontalés, habia terminado gracias á la intervencion de Roberto.

El castillo viejo y el nuevo estaban entonces en

relaciones. René se había resignado á ver ocupados los dominios de sus padres por los extranjeros.

En conclusion, el anciano Pontalés era un buen hombre, capaz de hacer cualquier servicio en ocasiones.

Nadie ignoraba que Penhoel habia tomado dinero hacia tres años de su bolsa, siempre repleta. Así pues, pasaban los dos por los mejores amigos del universo.

Penhoel, como ya hemos dicho, poseia por sí y por su hermano, el jefe de la familia, unas cuarenta mil libras de renta. Era mas de lo que se necesitaba para sostener decorosamente el boato adoptado por la familia. Pero desde hacia tres años habian cambiado mucho las cosas.

La hospitalidad grande y sencilla se habia cambiado en un lujo pródigo, y las cuarenta mil libras de renta dobladas repentinamente por un milagro, no hubieran bastado á los supérfluos gastos y al despilfarro de Penhoel.

Además, cada vez que los despilfarros de un hombre rico esceden con mucho á sus rentas, se le ocurre algun diabólico espediente. Preciso es estar seguro que este hombre bajo pretesto de temer el desastre precipitará su ruina.

Penhoel se habia hecho jugador.

La causa de estos nuevos desórdenes era una mujer jóven y notablemente bella que se paseaba en aquel momento del brazo del jóven Pontalés en el

salon de césped, y cuyo rico traje escitaba los celos de toda la parte femenina de la asamblea.

En esta mujer orgullosa y llevando con la mayor gracia su rico traje, hubiéramos podido conocer difícilmente á la pobre muchacha que en otra época hemos visto llegar á la posada del Carnero Coronado con un vestido lleno de lodo y los zapatos hechos pedazos.

Sin embargo, era Lola la dormilona, á quien Blas rehusaba un pedazo de queso, y que entonces tenia bastantes perlas en sus negros cabellos para comprar toda la posada del buen maese Geraud.

El señor de Penhoel la amaba con ciega pasion, arruinándose por ella.

La amaba cual un esclavo: una mirada de Lola le hubiera hecho correr hasta el extremo del mundo. Y sin embargo, su amor estaba lleno de remordimientos.

La vida de su mujer, que sufría sin quejarse, le perseguía como una reprension terrible. Su hija sobre todo, que por tanto tiempo habia sido su adoracion y su orgullo, hubiera sido muy fuerte contra este amor si no hubiese existido en el fondo del corazon del señor de Penhoel una de esas dudas tenaces que emponzoñan la vida.

Se habia lanzado en la pasion que le absorbía entonces con furor, y muchas veces se embriagaba para ahogar los gritos de la conciencia.

La provincia tiene anatemas muy amargos para las costumbres parisienses. Se parece á esas muje-

res feas, á caballo en su virtud inatacable, que aturden á las gentes con el desagradable estruendo de su austeridad.

Pero cuando la provincia se pone á ser viciosa, va mucho mas lejos que Paris, que al menos guarda el pudor y no arroja nunca el velo.

La provincia no toma tantas precauciones; sigue siempre su camino y sucede siempre lo siguiente: si el vicio es pobre se lo destruye; si es rico se le acepta.

No hay término medio.

La provincia no sabe cerrar los ojos ni volver la cabeza; ve todo porque sus curiosas miradas penetran hasta por las cerraduras: cuanto ha visto cuenta.

Siguiendo el resultado del cálculo, va á levantar el pié para destruir al culpable, ó á bajar la cabeza para tocar casi al suelo al saludar.

René de Penhoel era rico, tenia derecho al escándalo. Entre los pobres indigentes y los aldeanos que componian la sociedad, no habia una sola persona que desconociese su conducta, y sin embargo, nadie pensaba en escomulgarle. Se iba á su casa, se consideraban sus invitaciones como un gran honor; pero por una mitad menos se hubiera apedreado á un pobre diablo.

Unicamente comenzaban á circular por las cercanías ciertos rumores que atacaban, no al honor de Penhoel, sino al estado de su fortuna, y la *sociedad*, conservando todas las apariencias de respeto, le criticaba, y aun algo mas á su sabor.

Era un descargo de conciencia. La parte prudente de la asamblea, los maridos graves, las damas escesivamente pesadas para bailar, y las señoritas disgustadas por un celibato cuyo término no se acercaba, tenian vagos remordimientos de visitar á aquel pescador y pensaban disculpar su falta exagerando sus errores.

Mientras que los jóvenes se oprimian en el césped, glosaba esta galería Dios sabe cómo. La calumnia es una penitencia grata; en su furor de expiacion envenenaban estos señores el bien y el mal sin el menor escrúpulo de envolver á muchos inocentes en su anatema.

En aquel momento estaban libres. El baile habia alejado del pequeño círculo grave á todos los profanos.

René de Penhoel habia abandonado el baile para encerrarse con Mr. de Pontalés, padre y abogado. En cuanto á la Señora, se paseaba aparte, del brazo del buen tío Juan.

Era el momento de morder y se mordió. Roberto, Lola, Penhoel, la misma Señora, á todos les tocaba su parte.

Entre los huéspedes del castillo no habia mas que un solo hombre infalible é impecable; era el anciano marqués de Pontalés, el cual poseia sesenta mil libras de renta en fincas.

La influencia de este honrado cenáculo no se extendia hasta el baile, que proseguia risueño y ale-

gre. La orquesta campestre tocaba á mas no poder y el tapiz de césped no descansaba un momento.

Habia sobre todo dos parejas cuya alegría comunicativa y jóven reanimaba á cada instante el placer, encargándose de dar impulso á la fiesta: eran Diana y Elena de Penhoel, las bellas hijas del tío Juan, con sus caballeros, dos niños como ellas, dos bellos y hermosos niños, cuya sonrisa hubiera vivificado el corazon.

Elena bailaba con Roger de Launoy, que se habia hecho un caballero completo, pero de rostro audaz y sentimental al propio tiempo.

Diana daba su pequeña y blanca mano á un jóven cuyo resuelto semblante y espiritual languidez hubieran sido advertidos por todo el país.

Era un pintor parisiense que Penhoel habia hecho venir para adornar dignamente las habitaciones de Lola.

Desde los dos años que hacia que estaba en Bretaña, habia ejecutado el jóven pintor gran número de frescos retratos. Nadie en la sociedad se habia ocupado de saber si tenia ó no talento artístico. Quizá lo ignorase él mismo.

Pintaba cuanto queria, y sobre todo, cuanto no queria: tomaba las cosas con la mayor indiferencia y pasaba la vida riendo sin acordarse de que se pudiera pensar en el siguiente dia.

Roger y él eran amigos íntimos, á pesar de no haberse hecho grandes protestas de cariño.

Llamábase Enrique Moreau. Cuando no le en-

cargaban que adornase la sala de billar ó cuadros conocidos con el nombre de cocinas, cuando desesperaba de encontrar á Diana en el jardín y se cansaba de recorrer la campiña con Roger, se retiraba á veces solo á su habitacion. Esto era muy raras veces. En su habitacion no tenia mas que un solo lienzo comenzado.

La mayor parte del tiempo, cuando un rayo de sol iba á dorar los cristales de su ventana, cogia de pronto los pinceles y añadía algunos toques al comenzado cuadro.

Este no se asemejaba en nada á los cuadros pintados en la sala de billar ó á las cocinas, que pintaba con una fecundidad tan obediente para el Sr. de Penhoel. Era un cuadro atrevido y de extraño estilo.

El lienzo representaba á una jóven vestida de aldeana y tocando el arpa. Era el retrato de Diana.

En su vida habia soñado Enrique hasta aquel momento en que las facciones de Diana de Penhoel habian surgido vivas del lienzo bajo su pincel tímido y como incierto. Entonces cuando estaba solo con su cuadro, soñaba. Amaba á Diana y ésta á él, pero nunca se hablaban de amor.

En las largas conversaciones que tenian y que los hacian felices, no se ocupaban mas que de un solo asunto: era una eleccion estraña. Hablaban de Paris.

El artista enseñaba á la jóven de Bretaña la gran ciudad.

La jóven le escuchaba curiosa, conmovida. Nunca era ella la que cambiaba de conversacion, y si la que volvía á pronunciar el nombre de Paris para interrogar, para saber.

Animábanse sus brillantes ojos. Había en ella un secreto desconocido para Enrique.

¡Paris! Era un cuento de hadas, la ciudad en qué la mujer es reina, donde se realizan los sueños, donde la realidad toca en lo maravilloso, donde no es loca ninguna esperanza!...

Enrique solía decir concluyendo:

—Allí se sufre como en cualquier otra parte, Diana, mas que en ninguna otra... y Dios quiera que no llegueis á salir nunca de vuestra tranquila Breña!

Diana no respondía. Volvía al lado de su hermana, cuya naturaleza menos reflexiva tenía menos audacia, pero que sin embargo, se dejaba seducir por la fogosa imaginacion de Diana.

¡Paris! ¡Paris! era su ilusión querida!...

Pero también, si repentinamente les hubiesen mostrado libre el camino y la silla de posta dispuesta, ¿se hubieran atrevido? ¿hubieran querido? Habiera sido preciso abandonar á la Señora... á Blanca! ¡el pobre Angell!...

Roger de Launoy, su compañero de infancia, pensaba también en Paris. Era orgulloso. La dulzura de su carácter no le impedía sentir profundamente la frialdad con qué le trataba Penhoel desde la llegada de los forasteros al castillo.

Reberto y Lola se habían apoderado de René, que no veía mas que por sus ojos.

Todos aquellos á quienes antes de esto amaba, le eran entonces indiferentes, por no decir otra cosa. Sin la Señora, á quien profesaba una ternura respetuosa y sin límites, sin Elena, á quien amaba apasionadamente, hubiera dejado hacia ya mucho tiempo el castillo Roger de Launoy.

¿Qué hubiera sido de él? Lo ignoraba, pero tenía talento y corazón.

Hoy se hubiera prescindido de estas preocupaciones. Estaban en la fiesta; se reían juzgándose felices.

Las dos jóvenes llevaban constantemente sus trajes de aldeanas, pero se hubiera podido creer que era por pura coquetería: ¡tan bien les sentaba el corpiño y el jubon listado!

Sus esbeltos y elegantes talles lucían sin embargo; sus gruesos zapatos adornados con lazos no podían agrandar sus diminutos piés, y el mismo estrecho gorro que dejaba escapar con profusion las rizadas melanas de sus cabellos castaños, servía á su frente como de corona virginal, mezclando á la distincion noble y leal de sus facciones la sencilla seduccion de sus rústicas bellezas.

Placer causaba verlas saltar sobre la yerba graciosas y ligeras como hadas.

Nacia de ellas una alegría viva y dulce á la vez, que iba seduciendo poco á poco á los concurrentes al baile.

Cada uno á su modo se resentía de su contacto; la misma Blanca, tan pálida y tan débil, sonreía obligada por sus sonrisas.

Había sin embargo momentos en que la alegría de las dos jóvenes parecía velarse de repente; entonces era cuando sus ojos se volvían hacia la Señora, que proseguía lentamente su paseo del brazo de Juan de Penhoel.

Aquellos tres últimos años parecían haber pesado cruelmente sobre Marta.

Su hermosa cabeza se inclinaba entonces fatigada, y la silenciosa resignación que respiraba su fisonomía se asemejaba mucho al desaliento.

El tío Juan la contemplaba con paternal cariño. En los grandes ojos azules del anciano, bajados melancólicamente hacia su querida sobrina, se leía el inmenso deseo de aliviarla y consolarla.

Pero el consuelo era imposible sin duda, porque el tío Juan callaba como si no hubiera encontrado palabras que pronunciar.

Diana y Elena veían esto, y la furtiva mirada que entonces cambiaban, hacia creer que sus placeres y alegrías de niñas no tenían otra cosa que las apariencias de la franqueza.

Además, veían otra cosa muy estraña.

Roberto de Blois, que no cesaba de bailar con Blanca, se volvía de cuando en cuando á la Señora, haciéndole algunos signos.

Diana y Elena habían creído antes engañarse; pe-

ro ya no tenían la menor duda. La Señora había respondido diferentes veces con la mirada y el gesto á los signos de Roberto de Blois.

El hombre cuya presencia en el castillo envenenaba su vida amenazando el porvenir de Blanca....

Era inesplicable.

Pero el baile estaba encantador aquella templada noche bajo los copudos árboles.

A escepcion de Diana y Elena, nadie se inquietaba por aquellos pequeños misterios que se agitaban sordamente bajo la superficie tranquila de la vida del castillo.

Si la parte grave de la reunión preveía, íbamos á decir esperaba, alguna desgracia, era en un porvenir lejano todavía. El único accidente que se hubiera podido temer aquella noche era algun indiscreto chaparrón que terminara la fiesta en el mejor momento.

Así pues, todos se estremecieron de sorpresa y espanto cuando se dejaron oír en medio del baile algunos de esos gritos que arrancan el sufrimiento repentino é intolerable.

La orquesta calló, cesaron las danzas y todas las personas se levantaron á la vez, cual si hubiesen estado sujetas á un resorte.

Todas las miradas temerosas, ó únicamente curiosas, se dirigieron á la vez al sitio de donde había salido el quejido.

Vióse á Blanca de Penhoel inmóvil y como muerta tendida sobre la yerba.

Roberto de Blois estaba de rodillas á su lado apoyando la mano sobre el corazón.

Roger, Diana y Elena se lanzaron á aquel sitio casi al mismo tiempo; pero la Señora fué la primera que llegó al lado de su hija.

Es preciso renunciar á pintar todos los sentimientos que en aquel momento espresaba el rostro de Marta de Penhoel.

A la palidez de sus mejillas habia reemplazado el mas subido carmín.

El terror que helaba su alma de madre estaba pintado en sus ojos.

Su mano, fuerte en aquel instante como la de un hombre, rechazó bruscamente á Roberto de Blois, á quien el choque hizo vacilar.

Levantó á Blanca sin esfuerzo aparente y la sostuvo desmayada entre los brazos.

Blanca no respiraba.

Como Elena y Diana vagaban inquietas en torno de la Señora, ésta las alejó con un gesto imperioso.

Roberto se acercó, é inclinándose hasta tocar su oído:

—¡Acordaos!... murmuró friamente.

Un rayo de odio brilló en medio de la desesperada tristeza que velaba la mirada de Marta de Penhoel.

Pero hizo un esfuerzo extraordinario y pudo sonreír violentándose.

—¡Nada olvidol dijo en voz baja.

—Divertíos, hijas mías.... Blanca, abre ya los ojos.... y no tardaré en traérosla completamente repuesta.

